

# *Las revoluciones árabes y el fin de la era poscolonial*

*Gema Martín Muñoz*

Universidad Autónoma de Madrid

*Resumen:* Desde las independencias hasta las revoluciones recientes, los países árabes han vivido en un orden político poscolonial caracterizado por el autoritarismo como forma de gobierno. En este artículo se analiza en perspectiva histórica dicho periodo poscolonial para, a continuación, identificar las causas que han desencadenado el cambio revolucionario prodemocrático, iniciando un nuevo ciclo histórico poscolonial. Igualmente, se analizan los diferentes contextos en que se ha producido el hecho revolucionario, con resultados diversos, y cuáles son los factores de impulso o contención que explican por qué unos regímenes árabes han sucumbido y otros han podido eludir por el momento el desencadenamiento de la revolución ciudadana contra ellos.

*Palabras clave:* países árabes, democracia, revoluciones, poscolonialismo.

*Abstract:* Since the times of independence and until the revolutions that took place recently, the Arab countries had lived under a postcolonial political regime that was characterized by authoritarian forms of government. This article aims at analyzing this postcolonial period in an historical perspective in order to identify the causes that led to the prodemocratic revolutionary changes and gave way to a new postcolonial historical cycle. We analyze at the same time the various contexts in which the revolutions took place, with varied results, and which factors of encouraging or discouraging nature have been at play that explain why some Arab governments were overthrown and others were able, so far, to avoid the upsurge of citizens revolutions against them.

*Keywords:* arab countries, democracy, revolutions, postcolonialism.

Con los derrocamientos de Zin El-Abidin Ben Ali en Túnez, Hosni Mubarak en Egipto, Mu'amar al-Gaddafi en Libia, Abdullah Saleh en Yemen, así como el derrumbe de Bashar al-Asad en Siria, una significativa parte del mundo árabe está poniendo fin a través de diversos procesos revolucionarios al totalitarismo, el clientelismo y la corrupción, tratando de levantar un nuevo orden basado en el Estado de derecho. El largo periodo entre las independencias y las revoluciones recientes, aun con multitud de etapas, avatares y cambios sociopolíticos, ha estado presidido por el autoritarismo como forma de gobierno y relación entre el poder y los ciudadanos. La fractura radical que suponen las actuales transiciones posrevolucionarias hacia la democracia nos permite hablar del fin del ciclo histórico poscolonial.

La entrada de la región árabe en la era contemporánea estuvo marcada por la empresa colonial europea. La Europa democrática ignoró a los pueblos, creó elites superficiales a las que podía tutelar y no tuvo en cuenta más que la explotación inmediata de sus territorios, en los que, desde principios del siglo XX, empezaba a aflorar el petróleo. Para justificar su empresa, los europeos presentaron a la opinión internacional el principio de que Europa asumía la misión civilizadora de crear un Medio Oriente *ex nihilo* poblado por beduinos primitivos y comunitarismos arcaicos incapaces del autogobierno. Pero en toda esa región, las ciudades, los pueblos, las comunidades religiosas y étnicas contaban con seculares modos de administración, arbitraje y gobierno que el nuevo sistema internacional despreció e ignoró, calificándolos de obstáculos para la modernización en pro de construir un Estado-nación de acuerdo con el pensamiento europeo. Sin embargo, esa modernidad estatal y jacobina no era en realidad más que la cobertura de la imposición de clanes y elites particulares creadas como instrumentos de gobierno hegemónico sobre la pluralidad de identidades que en esa región existía. Los protectorados en el norte de África y los mandatos en Oriente Medio pusieron las bases de la estructura fundacional de los Estados-nación y sus fuentes de legitimación.

El colonialismo hizo que el nacionalismo fuese el hilo que tejió las prioridades del sistema de poder poscolonial. Sin embargo, no debe entenderse que los nacionalismos árabes fueron simplemente fruto de la reacción colonial. Ésta, sin duda, alimentó, extendió y promovió nuevas elaboraciones en la teoría y la praxis, pero la for-

mación de los nacionalismos tuvo, desde el siglo XIX, un sustrato propio e interno resultado de la conciencia del declive otomano y de la necesidad de resurgir en torno a un nuevo proyecto político-social que se plasmó en diversas tendencias reformadoras nacionalistas: panislámicas, panárabes y locales<sup>1</sup>. El colonialismo y la pérdida de Palestina, con la creación del Estado de Israel en 1948, fueron nuevas fuentes en torno a las cuales se elaboraron renovados y extensivos pensamientos y sentimientos nacionalistas.

La experiencia histórica colonial promovió que los Estados árabes independientes se fundaran en torno al principio de la legitimidad histórica que, fija e inamovible, bloqueó cualquier idea de renovación de elites políticas y reparto del poder. Los nuevos gobernantes de la independencia procedían del liderazgo carismático que había dirigido la lucha anticolonial y su legitimidad emanaba de haber cumplido la misión histórica de liberar al pueblo y crear la nación soberana. En consecuencia, el nuevo Estado árabe, república o monarquía, se caracterizará por su autoritarismo, dado que su origen va a inspirar una cultura política patrimonial —sus líderes nacionalistas han creado la nación, luego les pertenece—. La relación entre el poder y los ciudadanos se va a establecer en torno al principio de protección del primero (que levantará un Estado distributivo, incluso un Estado-providencia allí donde la riqueza petrolífera lo permita) y exigencia de lealtad absoluta de los segundos. Asimismo, despreciando su rica diversidad étnica y confesional, el Estado árabe no entenderá la diversidad nacional más que como división y disidencia<sup>2</sup>.

En torno a estos pilares de la gobernabilidad se desarrollarán experiencias diversas y contrastadas (régimenes socialistas —como el Egipto de Gamal ‘Abd al-Naser, la Siria e Iraq ba’azistas, la Libia de Gaddafi, la Argelia del FLN, el Túnez de la década de los sesenta o el Yemen del Sur marxista-leninista—; monarquías conservadoras —como Marruecos, Jordania y las peculiares monarquías de la península arábiga—, y la república libanesa basada en

---

<sup>1</sup> Halim BARAKAT: *The Arab World. Society, Culture and State*, Berkeley, University of California Press, 1993, pp. 242-251, y Albert HOURANI: *Arabic Thought in the Liberal Age, 1798-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

<sup>2</sup> José ABU TARBUSH: «Pensamiento político, ideologías y experiencias de gobierno», en Gema MARTÍN MUÑOZ y Leire MOURE (eds.): *El Mundo Árabe e Islámico, realidad política y evolución socio-económica*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2006, pp. 145-213.

un liberalismo confesional de dominación cristiano maronita)<sup>3</sup>. La primera generación poscolonial, beneficiada por el modelo distributivo y las promesas del desarrollo, cohesionada masivamente en torno al proyecto panarabista y movilizadora por la lucha contra Israel y los derechos nacionales palestinos, relegó más fácilmente las aspiraciones democráticas (si bien no por ello dejaron éstas de estar presentes a través de partidos de oposición pasados por la máquina represiva). Pero a partir de los años setenta todos esos elementos cohesionadores empezaron a hacer agua (progresiva quiebra económica y del Estado protector; fracaso de las uniones árabes; derrota de 1967 frente a Israel con la consecuente ocupación del ejército israelí de los territorios palestinos, del Golán a Siria y del Sinaí a Egipto; guerra civil en el Líbano y ocupación israelí del sur libanés).

En los años ochenta, junto al derrumbe moral por el fracaso de las promesas poscoloniales, una nueva generación tomará el relevo social<sup>4</sup>. Una nueva generación demográficamente imponente (el 65 por 100 de la población total árabe tiene menos de veinticinco años), muy politizada gracias a su acceso masivo a la educación y a su carácter mayoritariamente urbano, y principal perjudicada por la creciente quiebra económica del Estado y el aumento espectacular del clientelismo, la corrupción y la desigualdad en el reparto de la riqueza<sup>5</sup>. El cisma entre la clase gobernante y esa nueva generación se irá haciendo abismal. La renovación tendrá lugar, pues, en la sociedad pero no así en la clase dirigente. Tanto aquellos que continuarán aún en el poder (Hasan II en Marruecos, Gaddafi en Libia, Husein en Jordania) como los sucesores de los primeros padres de la patria que fueron Naser, Burguiba o Bumedian, mantendrán la misma cultura política patrimonialista del poder y el Estado pero sin capacidad alguna de aportar un nuevo proyecto movilizador para la nueva generación que, si bien respeta el legado histórico, rechaza el sistema de valores fracasado de la primera generación poscolonial que algunos siguen representando y que otros, los nuevos

<sup>3</sup> Gema MARTÍN MUÑOZ: *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.

<sup>4</sup> Roel MEIJER (ed.): *Alienation or Integration. Arab and Turkish Youth between Family, State and Street*, Richmond, Curzon Press, 2000.

<sup>5</sup> Según el FMI, en 2010 el desempleo juvenil en la región MENA (Middle East and North Africa) alcanzaba el 25 por 100, señalando que en Túnez había aumentado un 7 por 100 y en Egipto un 3,5 por 100 con respecto al año anterior.

Ben Ali, Mubarak o al-Asad, carentes de la legitimidad histórica de sus predecesores, sólo convertirán en represión y corrupción.

## Intentos fracasados

No por siempre finalmente relegada, la democratización en el mundo árabe ha estado ausente en las últimas décadas del periodo poscolonial. Por el contrario, ha sido diversas veces percibida y publicitada, y en todas ellas hubo una gran imbricación entre factores internos e injerencias externas.

A finales de los años ochenta se inició una dinámica reformadora que llevó a países como Túnez, Argelia, Egipto y Jordania a avanzar hacia el umbral de la democratización impulsado por el sentimiento de vulnerabilidad creciente que experimentaban sus elites gubernamentales. Enfrentados a importantes movimientos sociales de contestación, observaban también cómo en el marco internacional estaba abriéndose un periodo de gran incertidumbre consecuencia del derrumbe del orden bipolar. La combinación de ambos factores favoreció la opción reformista por un corto pero intenso periodo. Esa dinámica liberalizadora, que podría haber evolucionado hacia la democratización, quedó abruptamente quebrada por la Guerra del Golfo en 1990 y sus consecuencias posteriores. El nuevo orden monopolar inaugurado con esa guerra va a permitir a Estados Unidos desarrollar una política hegemónica en Oriente Medio en la que la democratización no formaba parte de sus prioridades. Bien al contrario, marcará una tendencia involucionista y los avances reformadores fueron postergados. Washington y sus aliados occidentales pasaron a garantizar a las viejas elites gubernamentales árabes su supervivencia autoritaria en el poder a cambio de que asumiesen el nuevo proyecto estratégico estadounidense (acuerdos militares, aceptar la situación de ostracismo y embargo extremo en que quedaba sometido Iraq y apoyar las negociaciones de paz palestino-israelíes de acuerdo con las desiguales reglas del juego establecidas por la superpotencia). La nueva *Pax americana* se limitó a presentar como un logro democratizador la reforma minimalista que Arabia Saudí llevó a cabo en 1992, por medio de la cual se ampliaban las funciones de su Asamblea Consultiva (*Maylis al-Shura*). Por el contrario, con un papel sustancial por parte de Francia, en Argelia toda

la comunidad occidental apoyaba a finales de diciembre de 1991 un golpe de Estado militar contra la más fructífera experiencia de democratización que había vivido la región árabe<sup>6</sup>.

La irrupción de los atentados del 11 de septiembre de 2001 forzó aún más el autoritarismo de los regímenes árabes al revalorizarse como baza estratégica para la política de «guerra contra el terror» que la administración Bush inauguraba. Lejos de aunar lucha contra el terrorismo con promoción de la democracia y Estado de derecho, se alentaron las legislaciones abusivas y arbitrarias que, a cambio de plegarse a todos los criterios de Washington sobre el terrorismo y los medios, muchas veces ilegales, para combatirlo, los gobiernos árabes utilizaban también como instrumento de persecución política y cortapisa radical de derechos y libertades. Entretanto, el llamado proceso de paz palestino-israelí mostraba su anunciado fracaso y se invadía y ocupaba Afganistán en 2001 e Iraq en 2003. Dos nuevos «Vietnam» para Estados Unidos.

Desde el 2004 la promoción de la democracia en los países del norte de África y Oriente Medio fue adquiriendo relevancia en la retórica de la diplomacia internacional. Esta cuestión centró la agenda de la cumbre del G-8 del 9 de junio a través de la iniciativa presentada por Estados Unidos bajo la denominación «Partnership for Progress and a Common Future with the Region of the Broader Middle East and North Africa», así como en el Consejo Europeo del 17-18 de junio en el cual se aprobó la última versión de la «Política Europea de Vecindad y la Asociación Estratégica para el Mediterráneo y Oriente Medio». En ambos casos, si bien desde visiones no siempre idénticas, la necesidad de promover la democracia ocupó sobre el papel un lugar prominente. No obstante, dichas iniciativas planteaban lagunas de gran consideración. Estados Unidos, al igual que Europa, afirmaba que la promoción de la democracia era un factor crucial para su seguridad y para la estabilidad de la región pero no articulaba una estrategia clara de aplicación. Se depositaba la necesidad de la reforma en la predisposición de los gobiernos en promover el cambio, dado que no se mostró ningún compromiso sostenido en el uso de la condicionalidad como instrumento para la liberalización política. Ante el carácter voluntario del

---

<sup>6</sup> Habib SOUAÏDIA: *La sale guerre*, París, La Découverte, 2001, y Gema MARTÍN MUÑOZ: «Argelia, la resistencia al cambio», *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona, CIDOB, 1993, pp. 451-460.

plan propuesto, quedaba sin aclarar la sustancial cuestión de cómo los gobiernos serían incitados a aplicar dicha reforma.

En realidad, el discurso sobre la necesaria democratización árabe trató de responder, sobre todo por parte de Washington, al creciente sentimiento anti-estadounidense entre las sociedades árabes e islámicas por su política en la región, así como compensar la inquietante situación de destrucción, inseguridad y anarquía en que había derivado la intervención militar en Irak. Es decir, la iniciativa residía más en su función que en su contenido y no obtuvo ningún resultado convincente.

### ¿Qué es lo que ahora ha cambiado?

No es la primera vez que se dan en los países árabes revueltas sociales y movimientos de contestación fuertes. De hecho, desde finales de los años setenta se han vivido diversos momentos de sublevación pública como en 1977 en Egipto, en 1978 y 1984 en Túnez, 1981 y 1984 en Marruecos, 1988 en Argelia o en 1989 en Jordania, así como se han organizado diferentes formas de protesta y resistencia<sup>7</sup> ¿Qué hace que las denominadas «primaveras árabes» hayan marcado una ruptura radical que, a diferencia de las experiencias anteriores, ha logrado deponer a los dictadores y poner fin a un ciclo histórico de autoritarismo?

En primer lugar, el autoritarismo, la represión, la disfunción de las instituciones, la corrupción y sus negativas consecuencias para la economía y el desarrollo, se han exacerbado durante los últimos veinte años. Asimismo, los servilismos externos (por ejemplo, Mubarak aplicando la política israelí extrema contra Gaza), las manifiestas lagunas de soberanía nacional (por ejemplo, instalándose 500.000 soldados estadounidenses en Arabia Saudí tras la Guerra del Golfo) y el consiguiente desinterés de los gobiernos por defender los intereses regionales de sus ciudadanos (no sólo no se resolvían conflictos anclados en la historia —Palestina—, sino que se abrían injustamente otros, como Iraq) han ido teniendo un efecto corrosivo acumulativo y extensivo. Desde 1990 al 2010 la experiencia local y regional árabe experimentó una deriva insostenible para

---

<sup>7</sup> Mounia BENNANI-CHRAÏBI y Olivier FILLIEULE (eds.): *Résistances et protestations dans les sociétés musulmanes*, París, Presses de Science Po, 2003.

la mayoría de sus ciudadanos. Se les usurpó su soberanía, sus derechos, su territorialidad, el beneficio de sus ricos recursos materiales y se les sometió a una estigmatización generalizada en su condición de musulmanes por parte de Occidente con la aparición del fenómeno al-Qaeda. El sentimiento de frustración ligado a una vivencia dominada por la impotencia y la desposesión se exacerbó<sup>8</sup>.

Unido a esto, frente al inmovilismo depredador de los regímenes y su clientelización de la soberanía nacional, los ciudadanos experimentaban importantes cambios sociales. Esos cambios eran el resultado de diversas «revoluciones silenciosas» (transición demográfica, urbanización, acceso intensivo a la educación, cambio social en el seno de la familia y de la estructura patriarcal, acceso a las nuevas tecnologías)<sup>9</sup> que fueron aportando una nueva conciencia política global, la cual empezó a expresarse desde mediados del 2000 en la esfera pública: universidades, redes sociales, círculos profesionales, diplomados y licenciados en paro, un movimiento huelguístico en la cuenca minera de Gafsa en Túnez y en las zonas industriales de Mahalla al-Kubra y Helouan en Egipto; o reivindicaciones políticas crecientes en el seno de la cada vez más educada, conectada globalmente y articulada sociedad saudí.

Otro factor inédito con respecto al pasado ha sido el carácter global de la revolución. La falta de líder e ideología, lejos de perjudicar al movimiento revolucionario, le ha permitido triunfar. Trascendiendo las divisorias ideológicas y organizándose al margen de los partidos y sindicatos tradicionales, el movimiento social pudo eludir las viejas y polarizadas rivalidades partisanas y federar a toda la sociedad, impidiendo que el régimen pudiese manipular, como tantas otras veces, las divisorias políticas, culturales o confesionales. El lenguaje de la revolución fue también global: dignidad y libertad a través de la palabra convertida en lema «*irhab*» (lárgate) dirigida al tirano, con la que se identificaban todos. Es por ello que, estando el islamismo ausente en el lenguaje y el liderazgo revolucionarios, el «miedo al islamismo» tantas veces instrumentalizado por el régimen para inmovilizar a sectores de la sociedad y para atraer el apoyo incondicional del mundo occidental (como ocurrió en el caso de Argelia en 1991) quedó obsoleto. Pero también, por la au-

<sup>8</sup> Samir KASSIR: *Considérations sur le malheur arabe*, Sindbad, Actes Sud, 2004.

<sup>9</sup> Sophie BESSIS y Gema MARTÍN MUÑOZ (coords.): *Mujer y familia en las sociedades árabes actuales*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010.



sencia del lenguaje laico anti-islámico característico de algunos partidos liberales y de izquierda tradicionales, toda la gran masa social para quien el referente islámico es importante se unió igualmente a la revolución, lo cual no habría tenido lugar si ésta se hubiese identificado sólo con aquéllos.

Ese lenguaje universal del movimiento ciudadano global que se expresaba primero en Túnez y enseguida después en Egipto, también atrajo y ganó la simpatía de las sociedades occidentales y sus medios de comunicación. Cualquier intento de apoyo a los dictadores respectivos por parte de sus aliados estadounidenses o europeos quedó bloqueado, a diferencia de lo que ocurrió en las décadas precedentes. El fracaso y la situación tan embarazosa en que se vio el presidente francés Sarkozy al intentar apoyar a la dictadura de Ben Alí en los primeros días de la revolución tunecina convenció a todos los demás dirigentes occidentales de que la reproducción del pasado quedaba ya obsoleta.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han desempeñado también un papel importante en estas revoluciones, pero no sólo porque a través de las redes sociales contribuyeron a organizar la sinergia de las convocatorias y a transmitir información, sino sobre todo porque, desde mediados de los años noventa, lograron romper tanto el monopolio de la información de los regímenes dictatoriales árabes como la información selectiva que los medios occidentales transmitían. Las cadenas por satélite —particularmente al-Jazeera— y la extensión de internet acabaron con la opacidad informativa de la que habían gozado los regímenes para poner fin con una represión masiva las revueltas y sublevaciones anteriores.

Si bien hay que situar el papel de las redes sociales en el desencadenamiento de las revoluciones árabes en su justa medida, y aménorar la sobrevaloración que se ha hecho de ello (fueron un instrumento valioso pero no una causa), en el caso de la cadena al-Jazeera se dieron factores que contribuyeron durante más de una década a fomentar conciencia política y autoestima entre los ciudadanos árabes. Esta cadena de televisión por satélite significó, desde su nacimiento en 1996, la primera revolución política y social en el mundo árabe (con importantes repercusiones también para el occidental), rompiendo los tabúes de la información única e incontestable,

tanto en sentido sur-sur como norte-sur<sup>10</sup>. Al-Jazeera generó una gran identificación social interárabe por su carácter local y autóctono. Los ciudadanos árabes pudieron sentir por primera vez que, para salir de la información «oficial» predominante en los entornos nacionales, no dependían ya de los medios de comunicación externos/occidentales; contaban con un medio de comunicación propio que, además de responder a los estándares libres e independientes, informaba desde la perspectiva y los intereses árabes. Se sintieron afirmados frente a la dependencia de la superioridad democrática, tecnológica y mediática del mundo occidental. Y, lo que es muy significativo, se veían libres de los estereotipos orientalistas que sobre ellos predominan en esos medios occidentales.

### Factores de impulso y de disuasión revolucionaria

El Mundo Árabe, lejos de ser monolítico, está compuesto por múltiples países cuyas complejidades nacionales respectivas marcan pautas y factores diversos en los que la capacidad de supervivencia del régimen —por provisional que ésta pueda ser en el tiempo— varía de una experiencia nacional a otra. Aun siendo el autoritarismo un elemento consustancial a todas las formas de gobierno, y compartir todos las características de deslegitimación y aislamiento con respecto a la mayoría de sus sociedades que acabamos de exponer, los recursos y bazas estratégicas cambian de unos países a otros. Explicar las causas coyunturales por las que el movimiento revolucionario comenzó en Túnez a finales del año 2010 y se continuó en otros países sería siempre aleatorio, pero se dan elementos que sí pueden ser analizados como factores de impulso, al igual que se dan otros que pueden ayudar a entender por qué algunos regímenes han logrado soslayar, al menos coyunturalmente, la revolución y la caída del régimen.

Con ocasión de las revoluciones árabes se ha abierto un amplio, e inconsistente, debate en torno a la capacidad de las monarquías (Marruecos, Jordania, Arabia Saudí y monarquías del Golfo) a *resis-*

---

<sup>10</sup> Olfa LAMLLOUM: *Al-Jazira, espejo rebelde y ambiguo del Mundo Árabe*, Madrid, Hacer, 2006, y Mohammed EL-NAWAWY y Adel ISKANDAR: *Al-Jazeera: The Story of the Network that is rattling governments and redefining modern journalism*, Cambridge, Westview Press, 2003.

*tir* mejor el impulso revolucionario frente a las repúblicas, principalmente afectadas por las grandes contestaciones ciudadanas que han derrocado a los autócratas (Túnez, Egipto, Libia, Yemen) o están intentándolo (Siria). En realidad, es ésta una ecuación simplista: hay repúblicas que no han experimentado la gran contestación revolucionaria de sus correligionarias —Líbano, Argelia, Iraq—, como hay monarquías que sí la han experimentado —Bahrein—. Asimismo, el hecho monárquico no ha demostrado en la historia de la región que tenga una capacidad intrínseca que le dé ventajas sobre los sistemas republicanos: las monarquías egipcia e iraquí fueron derrocadas por movimientos republicanos en los años cincuenta y Bahrein y el vecino Irán en 1979 han mostrado cómo todo un país puede levantarse contra un monarca. Si las monarquías árabes han relativamente soslayado por el momento el proceso revolucionario actual, no es porque sean monarquías sino porque se dan circunstancias y factores particulares que hay que analizar en cada contexto, al igual que ocurre con los casos de Argelia, Líbano o Iraq.

Arabia Saudí y los países del Golfo no están libres de un creciente descontento que se ha expresado de forma global y revolucionaria en Bahrein, de manera políticamente acuciante en Kuwait, con protestas hasta ahora nunca vistas en Omán, progresivamente y en crecimiento en Arabia Saudí, de forma poco relevante en Emiratos y casi inexistente en Qatar. Aun con estas diferencias, esta región ha utilizado dos importantes bazas: una renta económica ingente y unos aliados internacionales incondicionales.

Arabia Saudí, donde el 40 por 100 de los jóvenes entre veinte y veinticuatro años está en paro, buscó contener la difusión de las protestas desde comienzos del 2011 con contraprestaciones socioeconómicas: aumentó en 130 mil millones de dólares durante cinco años el presupuesto para subir el sueldo a los funcionarios, crear miles de puestos de trabajo en el sector público y construir medio millón de nuevas viviendas a favor de las cada vez más desprotegidas clases medias saudíes. Emiratos Árabes Unidos, presupuestó 1,6 mil millones de dólares para inversiones y subsidios en las más pobres y marginadas regiones del norte del país y subió un 70 por 100 los sueldos militares. Asimismo, Arabia Saudí, Qatar, Kuwait y Emiratos otorgaron a los más modestos países de la región, Bahrein y Omán (el primero afectado por la revolución, y el segundo por las más fuertes protestas hasta ahora convocadas en el país) un fondo

de 20 mil millones de dólares; y aportaron a Marruecos y Jordania a principios del 2011, junto a la oferta de unirse al Consejo de Cooperación del Golfo, una ayuda de 5 mil millones de dólares para que también pudiesen financiar medidas económico-sociales para la población. La combinación de medidas socioeconómicas y reformas liberales practicadas por Marruecos y Jordania —aunque más eficazmente el primero que el segundo— han logrado por el momento contener el paso de la contestación a la revolución.

No obstante, la política de comprar el consenso social de los países de la renta petrolífera puede posponer el cambio pero plantea un problema de sostenibilidad a largo plazo. No sólo porque introduce una enorme presión a los presupuestos nacionales (siempre dependientes de los precios del petróleo) y perjudica la participación nacional en el mercado laboral privado para dinamizar y diversificar la economía, sino también porque la contestación demanda sustanciales cambios políticos.

Unido a esto, los países ricos de la península arábiga cuentan con un enorme caudal de valor estratégico-militar para sus aliados occidentales: una región por donde se produce y transita la mayor parte del petróleo mundial y es cruce geopolítico con respecto a zonas de interés político-militar como Iraq, Irán, Afganistán, Pakistán. Desde la Guerra del Golfo en 1990-1991, Estados Unidos cuenta en esta región árabe con el mayor conglomerado de bases militares de la historia: la base central del CENTCOM —US Central Command— en Qatar, la V Flota naval en Bahrein, las bases dependientes del CENTCOM en Omán, Kuwait, Emiratos y, de menor tamaño, en Arabia Saudí; y a las tradicionales bases británicas se unía desde 2009 Francia con una base militar permanente en Emiratos Árabes. No cuesta, por tanto, deducir por qué, mientras la OTAN intervenía en Libia contra Mu'ammar el-Gaddafi, asentía a la intervención de las tropas del Consejo de Cooperación del Golfo (lideradas por Arabia Saudí y Emiratos Árabes) para aplastar con celo militar la revolución en Bahrein (que, en este caso, no contó con el extensivo apoyo mediático de al-Jazeera por evidentes intereses insoslayables del emir de Qatar). Estos países son la principal línea roja para las potencias occidentales.

Con respecto a Oriente Medio, el grado de incertidumbre sobre el detonante revolucionario es un factor que (aun con la excepción siria, pero también por la extrema complejidad con que

se está desarrollando esta revolución) probablemente influya para frenar más la movilización revolucionaria global que en los países del norte de África (donde han caído tres de los cinco regímenes). Oriente Medio es mucho más diverso y heterogéneo en su composición comunitaria, y las traumáticas experiencias de la guerra civil libanesa y, más recientemente, la descomposición del Estado iraquí contribuyen a alimentar, y manipular, el miedo a una explosión étnica o confesional.

La hasta ahora *excepcionalidad* del caso argelino en el Magreb es explicable, no porque su régimen militar sea menos totalitario, depredador o detestado que el de Ben Ali o Mubarak, sino por el carácter disuasorio que sin duda tiene la memoria reciente de los actores sociales y políticos con respecto al golpe militar de 1991 contra la transición democrática y la destructiva violencia aterradora que padeció la sociedad argelina a continuación y nunca definitivamente resuelta.

Mu'ammár el-Gaddafi en Libia, a diferencia de Túnez, Egipto o Yemen pero al igual que las monarquías del Golfo, contaba con una renta petrolífera inmensa que no dudó en utilizar durante mucho tiempo para contener la contestación y la oposición crecientes entre la sociedad, si bien ese método para comprar un cierto consenso social hacía tiempo que se estaba agotando. Pero le falló estrepitosamente el apoyo regional e internacional. Gaddafi y su régimen estaban dispuestos a aplastar la revolución libia con una brutal represión similar a la padecida en Bahrein o en Siria, pero los revolucionarios lograron el determinante apoyo militar de la OTAN (resolución 1973 de la ONU del 18 de marzo de 2011) y político de la Liga de los Estados Árabes, con Qatar a la cabeza. El contexto geopolítico de la Libia de Gaddafi en el Magreb era muy débil. Personaje excéntrico e imprevisible y recién bienvenido a la comunidad internacional, Gaddafi no contaba con las viejas complicidades de los tradicionales aliados de Occidente, ni existía ninguna base militar estadounidense en el país, como tampoco contaba con aliados sólidos entre sus vecinos: enroló mercenarios africanos, como probablemente también miembros destituidos de la guardia presidencial tunecina, recibió apoyo de pilotos sirios y columnas enteras de vehículos armados argelinos. Argelia, principal interesada en contener el proceso revolucionario árabe que se extendía por todo el norte de África, fue el país que ofreció mayor apoyo al

líder libio. El régimen de los Asad en Siria cuenta sin duda con mejores aliados (Rusia y China, Irán y Hezbollah en Líbano). El ostracismo del viejo régimen libio acabó siendo casi absoluto (Rusia y China se abstuvieron pero no se opusieron a la intervención internacional). Asimismo, el «momento libio» exigía una clara manifestación internacional a favor de las revoluciones árabes (momento con el que ya no ha contado Siria), toda vez que en los casos tunecino y egipcio se habían puesto en evidencia ciertas dudas y debilidades, cuando no cierta esperanza en mantener el *statu quo*. El caso más evidente fue el de la Francia de Sarkozy, y de ahí el gran protagonismo francés a favor de la intervención de la OTAN en Libia. Era el momento de «redimirse» ante la constatación de que el *statu quo* estaba ya obsoleto y los viejos aliados eran depuestos.

En Yemen, vigilado de cerca por Arabia Saudí y de gran interés estratégico para Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo, el éxito de la revolución ha sido más matizado, por estas razones, que en Túnez, Egipto y Libia. La imparable y muchas veces heroica contestación popular en este país, junto a la gran fragilidad del régimen por los conflictos en el norte y el sur y su progresiva pérdida de aliados tribales, convirtió en inevitable la deposición del presidente de la República, Ali Abdullah Saleh. Ante esta constatación, el entorno árabe liderado por Arabia Saudí, con la aquiescencia estadounidense y europea, asumió la ineludible necesidad de prescindir de Saleh, organizando una transición bajo control. La retirada del presidente se llevó a cabo aplicando la iniciativa del Consejo de Cooperación del Golfo, que garantizó al expresidente y a sus más próximos aliados (muchos de ellos familiares) la inmunidad, y pasando el testigo al que hasta entonces era su vicepresidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi. Éste, convertido en el gobernante del período transitorio tras pasar por las urnas, inició un proceso de diálogo nacional que durante seis meses a partir de noviembre de 2012 debe afrontar las principales cuestiones de la transición y lograr la implicación en el mismo de todos los grupos políticos representativos del país. Para que el diálogo nacional se considere exitoso debería acabar produciendo una visión de principios sobre la construcción de un «estado civil» en Yemen. A continuación se llevarían a cabo elecciones presidenciales en febrero de 2014 incluyendo el borrador de una nueva Constitución. Pero, unido a esto, un reto sustancial que se le plantea a la transición yemení es resol-

ver la cuestión del Sur y su integración en un sistema federal que satisfaga a los importantes sectores secesionistas para evitar la sombra de la guerra civil entre el Norte y el Sur.

En Túnez y Egipto, pioneros de la revolución, las enormes movilizaciones de protesta contra los respectivos presidentes de la República alcanzaron su objetivo cuando los ejércitos respectivos consideraron que unos gobernantes tan manifiestamente deslegitimados y detestados eran ya un obstáculo con el que no tenían nada que ganar. No significaba esto que necesariamente se identificasen con la agenda de los ciudadanos revolucionarios, particularmente en Egipto, como se vería a continuación, pero fue un factor determinante para lograr arrancar el proceso de transición que desmantelase el sistema autoritario que había presidido todo el devenir histórico poscolonial<sup>11</sup>.

Desde entonces, toda la región árabe está en una fase de transformación y cambio radical que no preserva a quienes han logrado hasta ahora contener el movimiento revolucionario. Es un periodo largo y complejo que está escribiendo una nueva página de la historia.

---

<sup>11</sup> Gema MARTÍN MUÑOZ: «Las transiciones árabes a la democracia: Año II», *Política Exterior*, 151 (enero-febrero de 2013), pp. 72-84.